

Reflexiones en torno a un recuerdo encubridor¹

Enrique Gratadou²

Resumen

Este trabajo es un intento de respuesta a las siguientes interrogantes: ¿qué nos enseñan los recuerdos encubridores respecto al funcionamiento del inconciente? Concebidos como “resultante” de un conflicto, ¿cuánto podemos averiguar respecto al vector inconciente que los origina?

Luego de reconsiderar los recuerdos encubridores personales de Freud, se transcribe el relato y parte de las asociaciones de un recuerdo encubridor, luego, se hacen consideraciones sobre: la atemporalidad e inalterabilidad del inconciente, la escena primaria y el proceso que conduce a la gestación de esta formación de compromiso.

Summary

This paper tries to answer the following questions: what do screen memories teach us about the way the unconscious works? Conceived as the outcome of a conflict, how much can we inquire about the unconscious vector that determines them?

After reconsidering Freud's personal screen memories, we transcribe a patient's screen memory and part of his associations. We then reflect about different issues: atemporality and inalterability of the unconscious, the primal scene and the process that takes to the birth of this compromise formation.

**Descriptores: RECUERDO ENCUBRIDOR / SUEÑO / COMPLEJO DE EDIPO
/ TRANSFERENCIA / MATERIAL CLÍNICO**

¹. Trabajo considerado en reunión general de la APU en junio de 1998.

². Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Obligado 1169, Tel. 708 69 27.

1) Introducción

Los recuerdos encubridores, fueron descritos por Freud como el resultado de un proceso: “*conflicto, represión, sustitución conforma, don de compromiso*”. (Freud S. 1899 p. 302). Una semiología de superficie los muestra como contenidos mnémicos “*de inconcebible inocencia*” (ídem. p. 299), (“*trivial[es]*” (ídem. p. 301), “*indiferente[s]*” (ídem, p 304). Es decir que en general cumplen con éxito su labor defensiva. En su presentación típica, impresionan a los pacientes como una especie de curiosidad psicológica, su trivialidad no genera conflictos conscientes, carecen del carácter displacentero del síntoma, o inquietante de algunos sueños, siendo un fenómeno esencialmente intrapsíquico –privado–, carecen del carácter público y a veces vergonzante de algunos lapsus, aparecen ocasionalmente en la conciencia, despertando a lo sumo, un sentimiento de “extrañeza” dado su carácter “*enigmático*” (ídem. p. 297). Creo que nadie consulta por la existencia de un recuerdo de la infancia que inexplicablemente se repite ocasionalmente y para cuya existencia no hay una explicación plausible, estos recuerdos aparecen como por casualidad en el discurso en algún momento del análisis.

Dos aspectos del trayecto de la noción merecen destacarse:

a) a pesar de la referencia al “*gran número de casos semejantes*” (Freud S. 1899 p. 303), a su carácter “*asaz frecuente*” (ídem. p. 300) a los “*abundantes ejemplos de recuerdos encubridores de todo tipo*” (Freud S. 1901 p. 52), etc., para dar a conocer la noción. Freud debió recurrir a un recuerdo encubridor personal, es más, algunos de sus más célebres análisis de recuerdos encubridores concretos los realizó en personajes históricos, no en pacientes propios: Leonardo, Goethe.

b) en 1914 Freud escribe “*En muchos casos he recibido la impresión de que la consabida amnesia infantil... está contrabalanceada en su totalidad por los recuerdos encubridores. En estos no se conserva sólo algo esencial de la vida infantil, sino en verdad todo lo esencial. [...] Representan tan acabadamente a los años infantiles olvidados como el contenido manifiesto del sueño a los pensamientos oníricos*” (Freud S. 1914 p. 150). A pesar de esta rotunda afirmación sobre su trascendencia, los recuerdos encubridores no merecieron textos extensos como otras formaciones de compromiso: sueños (dos tomos varias veces revisados y múltiples trabajos posteriores), psicopatología de la vida cotidiana (un tomo varias veces revisado).

Tal como los propios recuerdos encubridores en la cadena asociativa, la noción – salvo en el trabajo de 1899 y en el recuerdo de Goethe– aparece mechada en trabajos referidos a otros temas. Tampoco abundan en la literatura psicoanalítica trabajos dedicados a este tópico.

2) Un poco de historia

A) *El recuerdo del cofre, armario o canasta*

El 21 de setiembre de 1897 Freud escribe a FlieB su recordada frase: “*no creo más en mi neurótica*”, líneas más abajo le propone un corto viaje a Berlín: “*¿dispones del día para un idilio de dos...?*” (Freud S 1985, p. 284-6). Pocos días después del breve encuentro, el 3-4 de octubre de 1897, escribe: “*desde hace cuatro días, mi autoanálisis, que considero indispensable para el esclarecimiento de todo el problema, ha proseguido en sueños y me ha proporcionado los más valiosos puntos de apoyo y aclaraciones*” (ídem. p. 288). En este contexto aporta datos de su infancia: “*en mí el viejo no desempeña ningún papel activo*”, “*mi «causante» fue una mujer fea, vieja pero sabia...*”, “*(entre los 2 y los 2½ años) se despertó mi libido hacia matrem, precisamente con ocasión del viaje... en el cual debe de haber ocurrido que pernoctáramos juntos y tuviera oportunidad de verla nudam..., yo había recibido a mi hermano varón un año menor (muerto de pocos meses) con malos deseos y genuinos celos infantiles, y que desde su muerte ha quedado en mí el germen para hacerme reproches. También hace mucho tiempo que tengo noticia de mi compañero de fechorías entre 1-2 años: es un sobrino un año mayor, ahora en Manchester, que, cuando yo tenía 14 años, nos visitó en Viena. Con la sobrina un año menor parece que los dos a veces nos portábamos cruelmente...*” (ídem. 289).

Descartado el obstáculo de la teoría de la seducción, vencida la resistencia frente al deseo inconciente edípico y en un cargado contexto transferencial –“*idilio de dos*”–, el autoanálisis se acelera aportando en forma desordenada recuerdos sobre:

- el padre;
- una figura materna, la niñera;
- la madre;
- la fratría:

- hermano muerto,
- el sobrino y la sobrina, personajes de otro recuerdo encubridor;
- las pasiones:
 - “*libido hacia matrem... nudam*”,
 - “*malos deseos*”,
 - “*genuinos celos infantiles*”;
- la culpa: “*reproches*”

La carta aludida tiene un postscriptum fechado el 4 de octubre, en el que relata el sueño “cabeza de carnero”⁵. Las preocupaciones expresadas en esta carta parecen haber contribuido a la plasmación del sueño. “*Ella fue mi maestra en cosas sexuales y me regañó porque fui torpe, porque no pude nada... además ella me ha lavado con agua enrojecida, en la que se había lavado antes... y me mueve a hurtar [monedas]⁶ para dársel[a]s*” (ídem. p. 290).

A punto de partida del sueño referido, interrogó a su madre respecto a su infancia quien le expresó relativo a la niñera: “...*se averiguó que era una ladrona y se le encontraron todos los kreuzer nuevitos, los décimos y los juguetes que se te habían regalado. Tu hermano Philipp fue en persona a buscar al policía y entonces le dieron diez meses de arresto*” (ídem. p. 291). Interrogándose sobre esta súbita desaparición de la niñera, Freud evoca el que quizás sea el primero de sus recuerdos encubridores relatados, la escena del cofre, armario o canasta. Recordó “...*una escena que desde hace 25 años afloraba en ocasiones a mi recuerdo conciente sin que yo la comprendiera. Mi hermano Philipp (veinte años mayor que yo) me abre una canasta [un armario (Freud S. 1901 p. 54)], y después que tampoco ahí dentro encuentro a mi madre, yo lloro todavía más hasta que ella, elegante y bella, entra por la puerta. ¿Qué puede significar esto? ¿Para qué mi hermano me abre la canasta [armario] si sabe que mi madre no está adentro, y por lo tanto no puede calmarme de ese modo? Ahora de repente lo comprendo. Yo se lo he exigido. Cuando eché de menos a mi madre, temí que desapareciera lo mismo que poco antes la vieja. Es que debo de haber oído que la vieja estaba encerrada, y por eso creí que mi madre lo estaba también, o mejor, que estaba «encanastada», pues de tales expresiones en chanza gusta hasta el día de hoy mi*

hermano Philipp... que yo me dirigiera justamente a él prueba que estaba bien al tanto de la parte que le cupo en la desaparición de la niñera” (Freud S. 1985 p. 292).

Pocas líneas más abajo continúa Freud: *“Un único pensamiento de valor universal me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos del padre y ahora los considero un suceso universal de la niñez temprana [...] Si esto es así, se comprende el poder cautivador de Edipo Rey [...] la saga griega apresa una obligación que cada quien reconoce porque ha registrado en su interior la existencia de ella (ídem. 293).*

En 1917 Freud escribe: *“Cuando en la actitud analítica dos cosas son presentadas una inmediatamente después de la otra, de un solo aliento, debemos reinterpretar esta proximidad como una concatenación” (Freud S. 1917b p. 147),* consignamos entonces la aparición simultánea en la correspondencia, del primer ejemplo de lo que luego denominaré “recuerdo encubridor” y de la noción del Edipo, no en vano los recuerdos encubridores conservan *“todo lo esencial”* de la infancia” (Freud S. 1914 p. 150). Esta simultaneidad en la que suponemos una concatenación, debió esperar casi 25 años para explicitarse, en nota agregada a la segunda edición de Psicopatología de la vida cotidiana escribe: *“[Nota agregada en 1924] Quien se interese por la vida anímica de estos años infantiles colegirá con facilidad el condicionamiento más profundo del reclamo dirigido al hermano mayor. El niño, que todavía no cumplió tres años, ha entendido que su hermanita recién llegada creció en el vientre de la madre. No está muy de acuerdo con ese incremento, y sospecha que el vientre materno puede esconder otros niños aún. El armario o canasta es para él un símbolo del vientre materno. Pide entonces mirar adentro de esa cesta, y para ello se dirige al hermano mayor, quien, como se averigua por otro material, ha pasado a ser rival del pequeño en reemplazo del padre. Contra ese hermano se dirige, además, la sospecha de haber hecho «encanastar» a la niñera echada de menos, y aun otra, a saber, que de alguna manera había metido en el vientre materno la niña recién nacida ...” (Freud S. 1901 p. 55).*

En suma, parte de los desorganizados contenidos de la carta del 3-4 de octubre, se reordenan, en:

- un recuerdo encubridor, la escena del armario y
- una conclusión teórica de valor *“universal”* (término reiterado dos veces en pocas líneas), lo que luego llamaré complejo de Edipo.

B) El recuerdo de deshojar un libro junto a su hermana.

El sueño “monografía botánica”, fue analizado en “La interpretación de los sueños”, llegando a una imagen de su infancia: él y su hermana, deshojando un libro con láminas de colores, *“Mi padre se divirtió cierta vez, dejándonos a mí y a la mayor de mis hermanas un libro con láminas en colores para que lo destrozáramos. Pedagógicamente fue algo apenas justificable. Yo tenía entonces cinco años, y mi hermana, menos de tres; y la imagen que tengo de nosotros, niños, deshojando dichosos ese libro [...] es casi la única que me ha quedado como recuerdo plástico de esa época de la vida...”* “A modo de conclusión dice de este recuerdo: *“Desde que comencé a reflexionar sobre mí mismo... he reconocido que esa escena infantil es un «recuerdo encubridor» de mi posterior bibliofilia”* (Freud S. 1900 p. 189). ¿Qué quiere decir esta inocente afirmación? Según su explicación, esta escena simplemente condiciona una inclinación o afición adulta sublimada: la bibliofilia. Debemos preguntarnos sin embargo, cual es el contenido psíquico reprimido y encubierto. Comparto con Anzieu la idea de que este “deshojar” un libro con una niña podría emparentarse con el otro recuerdo encubridor donde Freud junto a su sobrino “arrancaban las flores” a la sobrina: *“ambos recuerdos recubrían escenas de juegos sexuales con una niña algo menor y que también era parienta cercana, hermana o sobrina”* (Anzieu, 1978, p. 319).

El recuerdo encubridor del libro deshojado, quedaría vinculado así a:

- sexualidad infantil,
- investigación sexual infantil, prácticas incestuosas.

C) El recuerdo del prado verde y las flores amarillas.

Reordenando lo aportado en el texto, Andacht y Gil proponen describirlo según cuatro estaciones o etapas.

A) una primera de orden escritural” (Andacht F. y Gil D. 1995. p. 34) cuando Freud se dispone a narrar el recuerdo, precedida quizás por una subetapa previa que es la de la consideración de este, un momento de sorpresa en que este contenido mnémico es juzgado como llamativo, *“enigmático”* (Freud S. 1899 p. 297) y por lo tanto digno de análisis y que luego será seguido por la redacción del trabajo. Momento que no

podemos considerar libre de conflicto, ya que Freud encubrirá su carácter autobiográfico.

B) una segunda etapa correspondería al episodio del enamoramiento juvenil de Freud. Muchos autores que han considerado este recuerdo, dan por suficiente la versión de Freud en cuanto al enamoramiento de Gisella y su timidez adolescente frente a la muchacha, el trabajo parece carecer en principio de significaciones edípicas más o menos cercanas. La publicación de la correspondencia Freud-Silberstein ha permitido otra aproximación a los sucesos de Freiberg. Luego de la partida de Gisella Fluss, este, perspicazmente escribe: *“Me parece que transferí sobre la hija, en la forma de amistad, el respeto que me inspira la madre... Estoy Heno de admiración por esta mujer que **ninguno** de sus hijos iguala”* [tampoco Gisella entonces] (Rodrigué E. 1996, p. 91). Y también lleno de admiración escribe: *“También deberías ver en que forma crió a sus siete hijos y como aún los está criando; como ellos la obedecen, los mayores, más que los jóvenes, en que forma cualquier preocupación de cualquiera de ellos no deja de ser también de ella. Superioridad que nunca antes pude observar. Otras madres –y por qué desconocer el hecho de que las nuestras se encuentren entre ellas, y no vamos a amarlas menos por ello– únicamente se preocupan de las necesidades físicas de sus hijos. El desarrollo espiritual de ellos ha sido quitado de sus manos... Es obvio que ella reconoce que yo siempre necesito aliento para hablar o para ayudarme y nunca dejó de brindármelo. Es aquí donde aparece su **dominio sobre mi, según me guía ella, así hablo, así me presento...** Basta de ello, ves **como las palabras fluyen de mi corazón y las letras de mi pluma** (Clark, citado por Hardin 1988).*

El recuerdo, tan carente en lo explícito y manifiesto de alusiones edípicas, parece conectado con esta admiración apasionada por aquella mujer *“superior”* que lo *“domina”* y lo *“guía”* y hace fluir las palabras de su corazón.

C) La tercera estación corresponde al intento familiar –guiado por la consideración del bienestar material del joven Sigmund– de que se case con su prima,

D) En el momento de la *“dura lucha por el pan”* (Freud S. 1899 p. 308) surge la reflexión *“Si yo me hubiera casado con esta o con aquella”* (ídem. 310). Idea de casamiento que despierta lo erótico, *“pero esta representación no osa salir a la luz ...lo groseramente sensual de la fantasía es la razón para que no se desarrolle en una fantasía conciente, sino que se vea precisada a conformarse con que se la recoja en una escena infantil, como alusión en forma metafórica ...”* (Freud S. 1899 p. 310), conflicto

que lleva al “*afloramiento*” (ídem. 308) del recuerdo, donde se “*constituye*” o se “*fabrica*” (ídem. 309) el recuerdo de infancia que permite cumplir un deseo en forma disfrazada

Bernfeld parece haber demostrado, más allá de toda duda que se trata de un episodio autobiográfico. Por ello, en una especie de chiste involuntario, este trabajo remeda la estructura de un recuerdo encubridor (ver Kremer L. 1983). Encontramos a Freud desdoblado en paciente y analista en una suerte de “*contraposición entre el yo actuante [analista] y el yo recordador [paciente]*” (Freud S. 1899 p. 314). Como comenta Bernfeld: “*si no fuera por la tipografía, creeríamos estar leyendo un monólogo*” (Bernfeld 1951).

Por otra parte, luego de publicado en 1899, el trabajo “Sobre recuerdos encubridores”, fue tratado de una forma tan desmañada por Freud que alertó a sus colaboradores inmediatos sobre la existencia de algo “raro” en torno al mismo. “*En 1906 Freud reunió en un volumen todos sus estudios sobre psicoanálisis que se hallaban dispersos... pero aunque el artículo ‘Sobre los Recuerdos Encubridores’ presenta y explica uno de los conceptos básicos del psicoanálisis, no se encuentra entre ellos*” (Bernfeld, 1951). Su contenido no fue mencionado en el capítulo sobre el tema de Psicopatología de la vida cotidiana, al respecto escribe Jones: “*Diez años más tarde incluyó en la segunda edición de “La interpretación de los sueños”, que tantas alusiones personales contiene, una observación (respecto a su cicatriz facial) que condujo a revelar la personalidad del supuesto paciente. Cuando se estaba preparando la edición de las Gesammelte Schriften, en 1925, Freud no pudo dejar de aceptar el permiso que le otorgaban los editores de incluir el hermoso pequeño ensayo en cuestión, “Sobre los recuerdos encubridores”. Lo contrario hubiera sido muy llamativo y hubiera promovido en ellos seguramente la sospecha de un misterio. Pero al mismo tiempo se tomó el trabajo de eliminar de “La Interpretación de los sueños”, que se estaba reimprimiendo también, [...] el pasaje revelador, aún a riesgo de permitir que el texto, en esta parte, quedara ininteligible [...] Queda en evidencia , por lo tanto, que Freud consideraba el relato que se refiere al recuerdo encubridor, o más bien los profundos sentimientos personales vinculados al mismo, como algo particularmente íntimo, si bien las razones que tenía para ello estaban lejos de resultar evidentes a los ojos de cualquier observador. Todas las precauciones que tomó en este caso, por lo demás, no pudieron impedir que para algunos de nosotros resultara absolutamente*

visible que el “paciente” en cuestión no podía ser otro que él mismo” (Jones 1953 p. 36).

Creo que el contenido edípico de la segunda etapa puede explicar en buena medida estos esfuerzos de Freud por ocultar el trabajo aludido, así como contribuir a explicar la forma literaria que eligió para referirlo, inventando un diálogo con un supuesto paciente, una especie de “encubrimiento del encubrimiento”.

Recapitulando lo dicho hasta ahora: vemos que la noción de recuerdo encubridor aparece entramada con el descubrimiento del complejo de Edipo (carta del 15/10/1897),

- contenidos edípicos (recuerdo de la canasta, recuerdo de la pradera verde)
- la sexualidad infantil (recuerdo de deshojar un libro, recuerdo de la pradera verde)
- el incesto (recuerdo de deshojar un libro, recuerdo de la pradera verde)
- A ello se agrega el fuerte tono afectivo transferencial que denotan las cartas de Freud del período setiembre-octubre de 1897: “*idilio de dos*”, etc.

Edipo, sexualidad infantil, transferencia, son temas que reencuentro en el siguiente trozo de análisis.

3) Análisis

Se trata de un hallazgo casual durante un análisis. El paciente comenta que desde hace unos días ha vuelto a tener problemas para dormir, que el remedio habitual para este problema, que se repite ocasionalmente desde hace años, no funciona.

Luego de un largo silencio

Tengo sueño, ... estoy durmiendo poco, ... me dormiría aquí. ... estoy con problemas de sueño otra vez, me acuesto y doy vueltas en la cama hasta tarde, los remedios habituales no marchan ...

¿Cuales?

La televisión, la lectura, ni siquiera marcha el “último recurso” (dicho en tono jocoso).

¿Último recurso?

Comenta que a través de sus lecturas, dio con la técnica de la relajación, evocar alguna imagen que implique paz y tranquilidad, y que a fuerza de repetirse llevaría a tranquilizar a quien la practica.

Lo intenté, al principio no me marchó pero después sí, el recuerdo no sirvió, pero la película inventada si me sirvió.

Le pregunté en que consistía esta película.

Estoy al borde de la playa, en unas rocas, es la madrugada, estoy solo, el sol empieza a salir, está todo tranquilo y yo me tranquilizo, me tranquilizaba, ahora no marcha, ...

¿Y el recuerdo que tuvo que descartar como era?

No me doy cuenta para qué quiere saberlo si no me sirvió.

Pensé, pero no le dije que le preguntaba respecto a la otra imagen precisamente porque no le había “funcionado”, porque no lo tranquilizaba, porque su voluntad, sus designios concientes se habían visto contrariados. Algo en su tono, imposible de transcribir, me sorprendió, no era habitual en él dirigirse directamente a mí para interrogarme sobre la razón, pertinencia o adecuación de mis intervenciones, la resistencia solía expresarse de un modo más bien evasivo, desestimando, dejando de lado alguna de mis intervenciones, cambiando de tema luego de un silencio más o menos largo. La prontitud de su pregunta, me sugirió la imagen de que había “saltado”.

Silencio

Es un recuerdo de no sé cuando, me veo caminando en un barrio que no identifico pero lo conozco, voy entre mis dos padres, de la mano, hay gente, es de día, hay sol, se oye el sonido rítmico de los pasos, estamos tranquilos, pero es un recuerdo que no dice nada, no pasa nada. Cuando recurrí a él para ese entrenamiento, me pareció que podía servir, pero no, por eso inventé una salida de sol que por mucho tiempo me sirvió para dormirme.

La característica cuasi onírica del recuerdo, me llevó a interrogarlo al respecto: está seguro que responde a un recuerdo real, aunque no puede precisar el cuando y el donde del mismo. Ve al grupo de tres desde arriba y desde atrás, y en otra perspectiva, desde adelante como en una película, un niño de edad indefinida aunque pequeño.

Por un impulso que en ese momento no entiendo, desafío su lógica:

¿Cómo puede ser que se vea a Ud. mismo, “como en una película”, si se trata de un recuerdo, de algo vivido y no visto?

... Ud. sabe que tiene razón, no voy caminando con mi cuerpo, estoy afuera, ... será también un invento?, que raro ...

En la sesión siguiente:

Estuve pensando en acá. Tenía razón en una cosa, es raro que uno se vea a sí mismo en el recuerdo, en una foto todavía, pero no es una foto, es movido, camino, me muevo, y nunca vi una película de mi mismo a esa edad, las cámaras eran cosas de ricos, además me veo en cinemascopio, no como en esas películas caseras que a veces se ven por ahí. [Si bien en la sesión a veces tenía el comportamiento descrito más arriba, muchas veces los temas tratados reaparecían en las sesiones luego de trabajarlos “por su cuenta”, en una actitud transferencial que está en la línea del “remedio casero” para el insomnio.]

Ud. dice que lo recuerda con neutralidad, que no le genera nada especial, sin embargo le vino a la mente espontáneamente, cuando buscaba una imagen tranquilizadora para facilitar el dormirse, de hecho tal como me lo describe el recuerdo parece un sueño en sí mismo.

Un recuerdo es un recuerdo, todos saben lo que les pasó, lo que se soñó, lo que se vio en una película, lo que le contaron...

Quería decirle, a falta de elementos para analizarlo, que este recuerdo, indiferente en sí mismo pero tan vivaz, podía estar en lugar de algo significativo, pensaba desafiar otra vez su lógica, para decirle que si lo recordaba con esta nitidez, alguna significación tendría, pensaba incluso proponerle planteárnoslo como un sueño y asociar en torno a esas imágenes, lo cual demuestra la dificultad técnica frente a un “evento” aislado que no evocaba nada y no parecía estar conectado con nada, era simplemente una aparición en la mente del analizando, donde resalta su pasividad y falta de curiosidad frente a un recuerdo “raro”, desconectado de todo. Desconexión que Greenacre resalta al destacar que se presentan a la conciencia como “*islotos de recuerdos*” es decir sin nexo con otros recuerdos pero que “*marcan el lugar y representan el continente perdido de la experiencia infantil*” (Greenacre P. 1949, p. 73).

La ocurrencia de plantearnos el recuerdo como un sueño, me hubiera hecho incurrir sin quererlo en el error del cual nos previene Greenacre: “*los recuerdos encubridores*

son especialmente útiles, pero son a menudo descuidados por los principiantes y algunos analistas que han tratado sin éxito de tratarlos como si fueran un sueño. Como son menos fluidos que los sueños y están más firmemente organizados en su perdurable función defensiva, no se puede demandar una asociación libre en forma inmediata” (Greenacre, 1981). En otros momentos del análisis, habíamos arribado a otro de sus recuerdos de la infancia, el de despertarse angustiado por la noche, dudando de que los padres estuvieran allí, con el temor de que se hubieran ido. Había recordado su necesidad de oír los ronquidos del padre, y si no los había, acercarse hasta el cuarto de ellos para escucharlos respirar y asegurarse de que estuvieran allí, luego de lo cual podía volver a dormirse. Sus asociaciones se detenían en el recuerdo, sin vincularlo con otros aspectos de su infancia. Para rellenar este hueco en sus asociaciones y recuerdos, evocando la teoría sexual infantil del coito sádico, le había planteado, al modo de una construcción, que probablemente en alguna ocasión hubiera oído ruidos en el cuarto de ellos, que le hubieran sugerido una escena violenta y/o sexual entre ellos. Negó cualquier tipo de recuerdos en ese sentido, evocó sí alguna ocasión en la cual en el curso de alguna enfermedad, malestar o episodio febril, había dormido en el cuarto de ellos *“en el medio, entre los dos”*.

Tenemos dos recuerdos vinculados a su insomnio, el de cuando se despenaba asustado por la noche y el recuerdo de Ud. caminando con sus padres, los dos recuerdos parecen oponerse casi punto por punto. La luz del sol y la oscuridad, la tranquilidad y la inquietud, Ud. en medio de sus padres y Ud. solo por la noche, ... yendo hasta el cuarto de sus padres para ...[me interrumpe]

Ya lo hablamos, no me acuerdo de nada entre ellos, es como cuando la computadora dice “documento vacío”, está el título “sexualidad de mis padres”, pero no hay nada,...

Silencio (enfurruñado).

Para interrumpir este silencio que me impresiona como defensivo, le planteo.

Tal como lo dice es como si nunca hubiera pensado en la sexualidad de sus padres...

No, nunca, nunca me pregunté porqué no tenía hermanos, parecía tan natural que fuera así, nosotros tres, supongo que algo harían, supongo, no sé. Un amigo le había robado un condón a los padres’“, yo nunca encontré en casa ... si ya sé lo que me va a decir, tampoco estuve buscando ... Me cuesta pensar en mis padres haciendo algo, no

eso, cualquier cosa, si pienso en mi infancia, pienso en los tres, o en mi madre y yo, no me los imagino en nada, de hecho no me imagino a mi padre en nada, sé que trabajaba, sé que iba al club, sé que tuvo actividad política en un club, poca pero tuvo...

Silencio

... no hubieran podido, mi cuarto daba al cuarto de ellos ... Silencio

Ud. dijo que me despertaba para ver que estaban haciendo, no creo pero me acordé de algo ... me molestaba verlos bailar, no sé, ese abandono, ese estar en otra,

Que lo dejaba afuera ...

Ellos allá y yo acá ... Ud. quiere llegar a lo de las noches en que yo me despenaba, querer ver que estaban durmiendo, nunca hubo nada raro, ... con G(pareja más o menos durable, divorciada y con dos hijos chicos) no me sentía cómodo cuando me quedaba de noche en la casa, no oyen nada me decía ella, pero no sé a veces el hijo me miraba de un modo que no sé ... una mirada tranquila pero fija, la carita no decía nada pero para mí que había oído algo o sospechaba algo, por eso yo prefería que nos viéramos en casa era un lío por que no tenía con quien dejarlos, al final nos veíamos temprano en casa durante el día ...

Silencio

De noche no cerraban la puerta, en la hora de la siesta si ... todas esas tardes, ... ¡puta que los parió!

Se había abierto de golpe un capítulo sobre su vida y la de sus padres que creía estaba vacío (“*documento vacío*”), aparte de la decepción, el sentimiento de haber sido engañado, la prueba de la inutilidad de sus medidas nocturnas de vigilancia y control expresadas en su puteada, el paciente también accedió a una imagen de padres activos, deseantes, vitales, que contrastaba con la imagen ya volcada en otros tramos del tratamiento: “*no me los imagino en nada, de hecho no me imagino a mi padre en nada*”, imagen más rica y matizada que la que hasta este momento del análisis traía. Con esta pareja vital y deseante, con una cuota de astucia y picardía, pudo concebir y recordar un juego pasional y erótico que la chata e intrascendente imagen que tenía de sus tristes padres no le había permitido hasta el momento.

4) Consideraciones

Frente al insomnio, síntoma que reapareció en el curso de su análisis, el paciente ensayó un tratamiento del tipo de la relajación. En lo transferencial, intentó demostrar(me) que se podía arreglar solo, de ahí el haber recurrido a un “remedio” extraído de alguna Rev. de divulgación. La primera ocurrencia, consistió en un recuerdo que, le pareció, evocaría un sentimiento de serenidad pero que si bien no lo inquietó, tampoco lo tranquilizó. El recorrido intelectual (proceso secundario) parecía razonable: en la necesidad de hallar una imagen tranquilizadora, evocó una escena aparentemente apacible, él y sus padres caminando plácidamente en un día soleado. Esta “concatenación” espontánea e ingenua entre su insomnio actual y su recuerdo, parecía remitir a un nexo más profundo, que los emparentaba, de ahí la “facilidad” con que surgió el recuerdo asociado al tema insomnio.

A) La atemporalidad del inconciente.

Dije que en su momento, el relato del recuerdo tenía para mí características cuasi oníricas, creo que se debía en parte al carácter eminentemente visual de la escena, la presencia del sujeto como objeto dentro de la misma, común a muchos sueños, y un detalle del discurso, me refiero al tiempo verbal utilizado. Expresa: “...*me veo caminando, [...] voy entre mis dos padres ...*” y más adelante: “*no voy caminando con mi cuerpo, estoy afuera*”. Este uso del presente del indicativo emparenta al recuerdo encubridor con el sueño en cuyo relato también se recurre en general al uso del presente, así por ejemplo el sueño de Irma se describe: “... *Irma, a quien enseguida llevo apañe [...] Le digo, [...] yo me aterro y la miro, [...] la llevo hasta la ventana*”, etc. (Freud S. 1900 p. 128).

Esta característica del uso del presente parece repetirse, aunque no siempre, en los ejemplos de Freud: “... en el prado **juegan** tres niños... **cogemos** flores, ... los varones [...] **caemos** sobre ella y le **arrancamos** las flores, ... ella **corre** llorando, ... etc. (Freud S. 1899 p. 305). Las dos versiones del recuerdo del armario, se presentan con conjugaciones diferentes “... mi hermano me **abre** una canasta ... **lloro** más todavía, ... mi madre **entra**” (Freud S. 1950 p. 306), conjugación que se pierde cuando la comunicación no es epistolar sino científica: “me **veía** pidiendo y berreando, ... ante una canasta que **mantenía** abierta mi hermano, ... mi madre **entraba** ...” (Freud S. 1901 p. 54), lo cual quizás depende de que en un caso se describe el propio recuerdo encubridor, mientras que en el otro se describe la evocación del recuerdo: “recuerdo ahora haber recordado ...”.

Cuando Freud describe los procesos inconcientes como atempéales establece: “no están ordenados con arreglo al tiempo, **no se modifican por el transcurso de este ni, en general, tienen relación alguna con él**” (Freud S. 1915 p. 184). Repitiéndose igual a sí mismo, el recuerdo del paciente no está sometido al proceso normal de olvido, tampoco se enriquece o empobrece a lo largo de los años, el tiempo no pasó por el recuerdo (no lo modificó) ni el recuerdo pasó por el tiempo (no es pasado, aún hoy lo habla en presente), en su monótona reiteración de un presente, el recuerdo encubridor aparece como impregnado de atemporalidad. Lleva la marca de su continuidad con contenidos inconcientes: “... *El sistema [inconciente] no puede hacer otra cosa que desear*” (Freud S. 1900 p. 590), al tiempo que “*El presente es el tiempo en que el deseo se figura como cumplido*” (ídem, p.528). Lo atemporal del inconciente se expresa en el sistema preconciente por medio del presente del indicativo.

Kremer se pregunta: “*si no es acertado pensar que los recuerdos son siempre presente [vigencia del deseo] disfrazado de pasado...*” (Kremer 1983, p. 1048). Con igual derecho podríamos afirmar lo contrario, que el presente de todo recuerdo encubridor nos autorizaría a decir que es pasado disfrazado de presente. La lógica del sistema preconciente-conciente oscila entre estas dos afirmaciones en apariencia excluyentes que no “deberían” ser verdaderas las dos al mismo tiempo, en esta paradoja está encerrada la “lógica” del inconciente, que carente de contradicción permite que ambas aseveraciones puedan resultar verdaderas conjuntamente, un funcionamiento donde “*nada es pasado ni está olvidado*” (Freud S. 1900 p. 569).

Dijimos que las dos versiones del recuerdo del armario aparecen relatadas con conjugaciones diferentes, señalemos ahora que en la llamada de 1924 la descripción está hecha en tercera persona: “*El niño, que todavía no cumplió tres años, ha entendido ...*” etc. (Freud S. 1901 p. 55), dando un paso más en el distanciamiento defensivo del material encubierto. La progresión: a) presente del indicativo, a b) pasado, a c) tercera persona, expresa la acción de la defensa que torna cada vez más remoto al episodio. Los procesos del sistema preconciente-conciente cambian con el tiempo, el mismo episodio se ve modificado en cada versión.

B) La inalterabilidad de lo inconciente.

Cuando decimos que el tiempo no modificó el recuerdo o que este no se modificó a través del tiempo queremos decir que no hubo transformación, parafraseando el título “**Recuerdo repetición y elaboración**” en nuestro ejemplo y en todo **recuerdo**

encubridor hay **repetición**, pero no hay **elaboración**: Esta cualidad de la inmutabilidad del recuerdo encubridor, muestra a mi juicio otra infiltración por lo inconciente, este contenido del sistema preconciente, se muestra tan inmune al desgaste como los contenidos inconcientes: “... *es una particularidad destacada de los procesos inconcientes el de **permanecer indestructibles** ...*” (Freud S. 1900 p. 569).

En este trabajo y cada vez que debemos referirnos a un recuerdo encubridor, nos vemos forzados a recurrir a la noción de repetición, aparecen intrincados recuerdo y repetición ya que los recuerdos encubridores son estereotipados, experiencia recogida por otros autores que se dedicaron al tema, así Glover habla de la *‘persistencia a lo largo de varios años o su frecuente repetición durante las primeras etapas del análisis’* (13) (Glover 1929) También Koolhaas alude a lo mismo cuando se refiere a la *“repetición inmóvil de la memoria pantalla”* (Koolhaas G. 1964). Del mismo modo Mahon los describe como *‘rígidas y congeladas distorsiones de la memoria* (14) (Mahon 1983). También establece que *“con la excepción de los sueños recurrentes, encontraríamos grandes dificultades para hallar una producción mental que tan **tercamente insista en esta aburrida falta de variedad**”* (15). Estos autores, a través de las menciones de la persistencia, la inmovilidad, la comparación con los sueños recurrentes, etc. nos llevan al terreno de la compulsión de **repetición** y a preguntarnos por qué los recuerdos encubridores no fueron tomados en su momento como expresión de la acción de aquella.

Parecería haber algo malsonante en la asociación: “recuerdo encubridor”, “pulsión de muerte”, creo que esto se debe a que la “inocencia”, la ausencia de referencias sexuales manifiestas, la ubicación temporal en la infancia, es decir el éxito casi total de la función defensiva, termina por hacernos “simpáticos” a estos contenidos mnémicos: *“¿Puede Ud. imaginar una oposición más tajante a unos tan enojosos diseños de agresión sexual que el ajeteo de unos niños?”* (Freud S. 1899 p. 310). Los recuerdos encubridores tocan además algo íntimo y movilizador en todos nosotros (analistas y no analistas) y nos resulta imposible participar en una conversación sobre este tema sin evocar y eventualmente contar alguno de los nuestros con la característica inocencia. Además, en tanto contenidos eminentemente visuales, invitan al que los escucha o los lee a producir una versión propia del recuerdo referido, ¿quién no tiene una representación mental de cómo debe haber sido el episodio del prado verde incluso con versiones personales del amarillo hipernítido; quién de nosotros carece de un “spot” del

episodio del armario? En cierta medida nos “apropiamos” de las imágenes del recuerdo encubridor ajeno y con ello algo de la “inocencia” del mismo se instala en nosotros, en estrecha relación con la presunta “inocencia” de nuestra propia infancia que se suma a la del recuerdo que escuchamos.

C) Escena primaria

El episodio del hallazgo por parte de un amigo de los preservativos es sospechosamente conciso, lacónico y parco, como si la libre asociación en torno al mismo se viera trabada. El paciente no puede precisar la edad en la que se dio este episodio, “era un amigo de la escuela”, sea como sea, parece darse aquí lo que Freud describió escribiendo: *“Comunicaciones brutales, de tendencia francamente denigratoria y revoltosa, lo familiarizan con el secreto de la vida sexual [...] Lo que en estas revelaciones ejerce el influjo más intenso sobre el iniciado es su referencia a los padres propios”*. Renglones más abajo continúa: *“... aquellas comunicaciones de esclarecimiento le han despertado las huellas mnémicas de sus impresiones y deseos de la primera infancia y, a partir de ellas, han vuelto a poner en actividad ciertas mociones anímicas. Empieza a anhelar a su propia madre en el sentido recién adquirido y a odiar de nuevo al padre como un competidor que estorba ese deseo –en nuestra terminología–, cae bajo el imperio del complejo de Edipo”* (Freud S. 1910 p. 164). Freud parece querer decir que recién entonces, *“más o menos en los años de la pubertad”* (ídem) el joven adquiere el cabal sentido de la sexualidad paterna: *“sentido recién adquirido”*, aunque, recordemos, la introducción de la noción de “organización **genital infantil**” es muy posterior a este trabajo.

Considero que hay una incongruencia en el uso del plural para referirse al hallazgo de unos preservativos que pertenecerían “a los padres” del amigo, pienso que la formulación “preservativos del padre” hubiera sido sintácticamente más adecuada, esto es, no “contaminada” por un conflicto inconciente. Ello me hace suponer que le resultaba conflictivo el tema de la diferencia sexual anatómica que a partir de la etapa fálica lleva implícito el tema de la castración. Conflicto que el plural generalizador le permitía soslayar con tanta elegancia que a mi mismo me pasó desapercibido en su momento. En la latencia, y aún en la sesión el paciente estaba bajo el influjo del complejo de castración,

En la etapa edípica, el paciente deseaba escuchar lo que sucedía en el cuarto de sus padres, la respiración tranquila, los ronquidos le indicaban a su pensamiento conciente

que sus padres “estaban allí”, que no se habían ido, que no lo habían dejado solo, “que estaban durmiendo”, para su inconciente, parecían tener el valor de ausencia de gritos, gemidos, jadeos, suspiros, susurros o cualquier otro ruido que hubiera delatado una actividad parental privada y no compartida que lo excluía, testimonio de un deseo que no lo incluía (“*ese estar en otra*”), actividad paterna violenta además, a estar a la teoría sexual infantil del coito sádico. Su preocupación infantil por lo que los padres hacían por la noche, sus propias experiencias como adulto con el hijo de G, que lo llevaron a la conclusión de que la actividad sexual de los padres era vespertina, tal como la suya en aquel período, me llevan a pensar la vigencia y actualidad del tema de la escena originaria. Lo encubierto venía a ser así un conglomerado de vivencias, fantasías y deseos, vinculado a lo que genéricamente denominamos escena originaria.

El paciente no ha evocado ninguna circunstancia infantil en la cual haya asistido a la actividad sexual de los padres, otros adultos, animales, tampoco recuerda episodios de seducción, propios o en allegados etc. Por lo tanto: ¿escena primaria fantaseada o efectivamente percibida y recordada? No lo sé; al descartar su “neurótica”, Freud postuló la eficacia de la realidad psíquica a la que sin mencionar explícitamente parece apuntar al escribir: que los recuerdos encubridores refieren a impresiones de algo que “*se vivencia ora en la realidad objetiva, ora en el pensamiento*” (Freud S. 1901 p. 49; que podemos enunciar de otro modo diciendo: ora en la realidad objetiva, ora en la realidad psíquica.

Escena originaria alude a una cohorte de vivencias, afectos, deseos y fantasías yuxtapuestas referidas a lo: activo/pasivo, fálico/ castrado, varón/mujer, masculinidad/femineidad, con respecto a las cuales se ubicará el sujeto. Las cuatro aspiraciones contenidas en el complejo de Edipo encontrarán su mezcla peculiar a cada uno de nosotros, implicando también el tema del placer (no compartido), el deseo, la rivalidad, los celos, la exclusión, las aspiraciones intrusivas, etc.

La noche parecía convocar fantasías emparentadas con dos fantasías originarias, la de la escena primaria y la de castración. Sería el complejo de castración, que se apoya en esta última, el que determinaba la angustia que acompañaba al despertar. El cortejo sintomático, respondía así al deseo de espiar a la actividad nocturna de los padres –cosa que efectivamente hacía, gracias a una conveniente y oportuna racionalización– y al temor a la castración, sanción que podrían tener sus aspiraciones sexuales, tanto las derivadas de la constelación positiva cuanto negativa del complejo de Edipo.

D) la gestación del recuerdo encubridor, o la adquisición del carácter de encubridor de un recuerdo

Esta situación reprimida antes de la latencia, pasó a primer plano en ocasión del hallazgo de unos preservativos por parte de un amigo. Creo que este encuentro inesperado con evidencias sobre la sexualidad de los adultos, sobre la sexualidad de otros padres y por extensión de los suyos propios, puede haber movilizó vivencias y/o fantasías edípicas por esa época ya sofocadas, que obligaron a un esfuerzo represivo, poniendo en marcha el proceso que Freud describe como una “... *represión con sustitución por algo vecindado*” (Freud S. 1899 p. 301), y que en términos económicos implica que: “*una intensidad psíquica es desplazada de una representación que a partir de entonces permanece abandonada, sobre otra, que ahora sigue cumpliendo el papel psicológico de la primera ...*” (Freud S. 1899, p. 302). En otras palabras, las fantasías y recuerdos del período edípico reactivadas por esta circunstancia, pulsán desde el inconciente reactivando el complejo de castración y obligando a un nuevo esfuerzo represivo. Del conflicto, que Freud en 1899 compara con un paralelogramo de fuerzas, surge como “resultante” una escena como la descrita.

Para explicar la hipernitidez de ciertos recuerdos, luego de la comunicación de una construcción al analizando, recuerdos que no evocaban “*el episodio que era el contenido de la construcción, sino detalles próximos a ese contenido*” (Freud S. 1937 p. 267), Freud recurrió a la noción de “compromiso”: “*La «pulsión emergente» de lo reprimido, puesta en movimiento al comunicarse la construcción, había querido transportar hasta la conciencia aquellas sustantivas huellas mnémicas, y una resistencia había conseguido, no por ciego atajar el movimiento, pero si **desplazarlo** {descentrarlo} sobre objetos vecinos, circunstanciales.*” Entiendo que salvando las distancias, un proceso similar se dio en la latencia del paciente en el episodio de los preservativos: ante las evidencias de la sexualidad adulta, el contenido inconciente, sus vivencias, fantasías y deseos vinculados a la escena primaria, pulsaron por hacerse concientes («*pulsión emergente de lo reprimido*») movimiento que fue atajado, **desplazado** y descentrado creándose el recuerdo encubridor. Este mecanismo queda descrito en Sueños: “*la representación inconciente [las representaciones reprimidas vinculadas a la escena originaria] como tal es del todo incapaz de ingresar en el preconciente, ... solo puede exteriorizar ahí un efecto si entra en conexión con una representación inofensiva que ya pertenezca al preconciente, [el recuerdo de algún*

paseo con su familia por ejemplo] *transfiriéndole su intensidad y dejándose encubrir por ella ...La transferencia puede dejar intacta esa representación oriunda del preconciente, la cual alcanza así una intensidad inmerecidamente grande, o imponerle una modificación por obra del contenido de la representación que se le transfiere*” (Freud S. 1900 p. 554).

El mismo modelo de pensamiento lleva a Freud a escribir: “*los recuerdos indiferentes de la infancia deben su existencia a un proceso de desplazamiento {descentramiento}; son el sustituto, en la reproducción [mnémica] de otras impresiones de efectiva sustantividad ...cuya reproducción directa está estorbada por una resistencia*” (Freud S. 1901 p. 48). En su carácter de sustitutos, encubren pero al mismo tiempo denuncian un contenido reprimido. Concebidos como “resultante” de un conflicto, los recuerdos encubridores son entonces una “*fabricación*” (Freud S. 1899 p. 309), y por ello, son “*meramente recuerdos sobre la infancia*” y no “*recuerdos de la infancia*” (ídem. 315).

Los contenidos principales de la escena primaria, la agitación que la teoría sexual infantil equipara a la agresión, la privacidad y exclusividad del abrazo parental, la exclusión del paciente, los deseos de ocupar cualquiera de las posiciones, las mociones hostiles contra la figura parental competidora, la angustia de castración, quedan subsumidos en el recuerdo de algún paseo en el cual las circunstancias se invierten y que en su periódica reaparición continúan satisfaciendo al deseo y a la defensa.

En el relato del paciente aparece la expresión “estamos tranquilos” que por un lado surgiría de un desplazamiento de la agitación y ajeteo parental fantaseado y por otro de una inversión de su propio desasosiego.

El trío del recuerdo aparece desempeñando la misma actividad, desapareció la división de roles, la diferencia de la escena primaria –dos actores con roles diferentes y un espectador– queda sustituida por una equiparación, tres actores en una tarea compartida, equiparación que torna irrelevante a la diferencia de generaciones, al mismo tiempo la equivalencia mencionada torna irrelevante la otra gran diferencia, la sexual anatómica.

En la figuración, el paciente aparece interpuesto “*entre*” los padres, la imagen y el vocablo admiten diversas interpretaciones, parecen remitir a diferentes cadenas asociativas, es decir, son multívocos, están sobredeterminados, “*como siendo el*

subrogado de múltiples pensamientos [...]” (Freud S. 1900 p. 291), varios sentidos se han superpuesto condensándose:

a) el de interponerse y así separar el abrazo paterno fantaseado, además,

b) el paciente ha “entrado” en (la) escena (primordial) satisfaciendo sus deseos de intrusión, de espectador a pasado a participante.

c) al estar “entre” los padres, aparece junto y vinculado a cada uno de ellos por separado (“*de la mano*”), padres que en la figuración no están vinculados entre sí, el trío puede dividirse en dos parejas que figurarían tanto las tendencias del Edipo positivo cuanto negativo

Los puntos a), b) y c), ejemplifican además la característica no contradicción que rige el funcionamiento inconciente, en lugar de pensarlos como a) o b) o c), debemos considerarlos como a) y b) y c).

En el recuerdo de la pradera verde, las flores parecen representar dos cadenas asociativas diferentes, en el contexto “*arrancar las flores*” remiten a desflorar (Freud S. 1899 p. 311), pero en el contexto “*arrojar las flores*” hacen referencia a “*arrojar las flores para trocarlas por un pan*” esto es “*abandonar [los] ideales poco prácticos ...*” (18) (ídem. 308).

“Por la **calle**” aparece como otro punto nodal, por elaboraciones posteriores con el paciente, tendría que ver con:

a) “mujer de la calle”, “mujeres que hacen la calle”, con las que parangonó a la madre por participar en el juego amoroso.

Pero también encierra significaciones sobre su persona:

b) ciertos animales sin dueño, es decir “de la calle”, perros, gatos, le daban la sensación de independencia, autonomía y libertad que gustaba y gusta imaginar sobre sí mismo, con la contrapartida de

c) los “niños de la calle”, que en su infancia se asociaban a la idea de abandono, orfandad, en último término desamparo, lo cual nos retrotrae a la imagen del niño que fue en ciertas noches de su infancia: solo, excluido, abandonado a sus deseos y necesidades, desvalido e inerte frente a la exigencia pulsional.

El recuerdo encubridor aislado de otros contenidos psíquicos se había mostrado eficaz en tanto formación defensiva, hasta que una asociación ingenua hizo coincidir el insomnio –con su cortejo de recuerdos infantiles– y el propio recuerdo, esta proximidad determinó que el paciente lo descartara como imagen tranquilizadora e “inventara” otra situación, esta invención adulta, había perfeccionado aun más el disfraz que el recuerdo encubridor había puesto a la escena originaria, ahora se encontraba solo, en la playa, pero el parentesco de esta imagen con el recuerdo encubridor y a través de él con la escena primordial, hacen que la “invención” se vea “contaminada” a su vez por el conflicto, lo cual queda expresado en la progresión: *“está todo tranquilo y yo me tranquilizo, me tranquilizaba ...”*.

5) Comentario final

Resaltábamos al principio la cargada atmósfera transferencial que se trasuntaba en las cartas de Freud a FlieB. A pesar de la misma, el episodio del prado verde le fue silenciado al amigo, ya que al parecer y salvo una mención tangencial al mismo (Strachey, en Freud S. 1950 p. 318, n. 229), el mismo no fue detallado en la correspondencia. ¿Qué nos dice esto? Que a pesar de su “mejor intención”, nuestros interlocutores pueden reservarse información relevante. Esto mismo estuvo a punto de suceder en nuestro caso. Frente a una pregunta directa mía por el contenido del recuerdo, el paciente en una reacción inusual en él, me contrainterrogó sobre la pertinencia de mi pregunta, luego de lo cual se quedó en silencio. Por último y sin insistencia de mi parte, en forma lacónica y telegráfica lo describió.

La situación transferencial con él era en un plano distante, muchas veces mis intervenciones parecían no haber sido registradas, parecía dejarlas de lado, no había momentos manifiestos de enojo, rabia, reclamos, competencia, sino un trato “correcto” que a mi juicio encubría los sentimientos hostiles que la situación de análisis y yo pudiéramos generarle. En otro plano, no manifiesto, continuaba pensando y trabajando lo que surgía en las sesiones. Parecía haber un vínculo firme que sustentaba sus reflexiones individuales extra sesión y que en general me trasmitía. Aquello que parecía haber sido dejado de lado o no registrado, aparecía tácitamente aceptado o refutado, en todo caso transformado en el curso de estas cogitaciones en torno a lo hablado en las sesiones. Entiendo que en ambas actitudes se repetía algo de la relación del paciente con su padre, una corriente más profunda y antigua, que permitía el intercambio, la

cooperación y la colaboración con el padre y los varones en general, otra actitud, saldo de la resolución de su Edipo lo mostraba como dije “correcto”, distante y si se quiere prescindente en el trato con los hombres. En esta línea prescindente estaba la búsqueda de un remedio casero para su insomnio. Era difícil de entrever cual de las dos “premisas” del complejo de castración ejercía mayor influencia, si la derivada de las ansiedades del complejo de Edipo positivo que encierra como consecuencia posible el castigo de los deseos incestuosos, o la derivada del complejo de Edipo negativo, que tendría como premisa la castración. La frase anterior encierra una alternativa, un “o”, ajeno al funcionamiento del inconciente, por eso pienso que ambas estaban en juego simultáneamente.

En los pasajes transcritos las mujeres: la madre y G., aparecen un tanto borrosas, resaltando el papel del padre y del hijo de G. Habla de la madre englobándola en el plural con que se refiere a ambos padres, del padre habla en singular. Las vicisitudes del vínculo con G. que menciona, tienen como figura central al hijo de esta. Lo cual viene a expresar que en esos momentos de las sesiones estaba en juego algo profundo de sus vínculos con los hombres. A posteriori, a la luz de las asociaciones en torno al hijo de G. y que condujeron al “descubrimiento” de la vida sexual de los padres, podría decirse que en el silencio que siguió a mi pregunta, parece haber primado, en la sesión, la actitud que le permitía aceptar mi pregunta sin sentirla como una imposición frente a la cual rebelarse, someterse o huir, sino una ocasión de intercambio, simplemente una ocasión de *analizarse*.

Bibliografía

1. ANDACHT F. y GIL D. Un recuerdo florido. Sobre la determinación y el determinismo. Rev. Uruguaya de Psicoanálisis, 81, 1995, 31-64.
2. ANZIEU D. El autoanálisis de Freud. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1978.
3. BERNFELD S. Un fragmento autobiográfico desconocido escrito por Freud. Rev. de Psicoanálisis, 8 (1), 1951, 97-111.
4. FREUD S. (1899) Sobre los recuerdos encubridores. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974. 3: 291.

5. _____ (1900) La interpretación de los sueños. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974, tomos 4 y 5.
6. _____ (1901) Psicopatología de la vida cotidiana. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974. 6: 1.
7. _____ (1910) Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974, 11: 155.
8. _____ (1912) Sobre la dinámica de la transferencia. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974, 12: 93.
9. _____ (1914) Recordar, repetir, elaborar. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974. 12: 145.
10. _____ (1915) Lo inconciente. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974, 14: 153.
11. _____ (1917a) Conferencias sobre psicoanálisis. Conferencia número 25, La Angustia, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974, 16: 357.
12. _____ (1917b) Un recuerdo de infancia en Poesía y verdad. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974. 17: 137.
13. _____ (1937) Construcciones en el análisis. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974, 23: 255.
14. _____ (1950) Fragmentos de la correspondencia con Flieb (18932-99) Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1982 1: 211.
15. _____ (1985) Cartas a Wilhelm Flieb. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.
16. GLOVER E. The 'Screening' Function of Traumatic Memories. Int. J. Psychoanal., 10, 1929 p. 90.
17. GREENACRE P. A Contribution To The Study Of Screen Memories. Psychoanal. St. Child, 3, 1949, p. 73.
18. _____ Reconstruction: Its Nature And Therapeutic Value. J. Amer. Psychoanal. Assn., 29 1981, p. 27.
19. HARDIN H. On The Vicissitudes Of Freud's Early Mothering-II: Alienation From His Biological Mother. Psychoanal. Q., 57, 1988, p. 72.
20. JONES E. Vida y obra de Sigmund Freud. Buenos Aires, **Editorial Hormé**, 1953.

21. KOOLHAAS G. Sueño diurno, memoria pantalla, recuerdo imaginativo. Rev. Uruguay de Psicoanálisis 6, 1), 1964, pp. 46-63.
22. KREMER L. En busca del recuerdo olvidado. Rev. de Psicoanálisis, XL, 1983 (5/6), pp. 1039-1052.
23. MAHON E. and BATTIN-MAHON D. The Fate of Screen Memories In Psychoanalysis. Psychoanal. St. Child, 38, 1983, p. 459.
24. RODRIGUÉ E. Sigmund Freud, un siglo de psicoanálisis. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.
25. WATZLAWICK P. El sinsentido del sentido. Buenos Aires, Herder Editores, 1995.

Notas

3. Salvo mención de lo contrario, en todos los casos el énfasis no figura en el original y ha sido agregado. Los comentarios entre corchetes son del autor EG.
4. Los editores aclaran que habría habido un error de fechas, Freud contaría con cuatro años en ocasión de este viaje realizado en 1860.
5. Las denominaciones de los sueños y los recuerdos encubridores, siguen a grandes rasgos la propuesta de Anzieu 1978.
6. Lo que figura entre corchetes, son agregados, comentarios o sustituciones del autor.
7. En la versión de las Obras completas de Amorrortu, aparece la cifra “29 años”, la de Masson que es la que citamos dice “25”, en este caso, Freud evocaba el recuerdo desde los 16 años, fecha de la visita a Freiberg, una de las etapas de la gestación del recuerdo “pradera verde con flores amarillas”.
8. Traducción del autor, EG.
9. Los tres recuerdos encubridores consignados admiten interpretaciones de representaciones reprimidas en torno a diferentes temas: el sueño “cabeza de carnero” precedente inmediato del recuerdo del armario, hace referencia en lo manifiesto al “agua enrojecida”, el “arrancar” las hojas de un libro, puede vincularse a otras acciones donde algo se “arranca”, lo mismo para la aparición del término en el contexto del recuerdo de la pradera verde, donde se agrega además la

existencia en la evocación de un “cuchillo largo” con el cual campesina corta el pan. Como se ve, se trata de datos que pueden vincularse por un camino más o menos largo al tema de la castración, nexo que Freud no estableció, lejos como estaba de otorgarle a la noción la importancia que progresivamente fue adquiriendo.

10. Hay aquí un detalle que en su momento no capté y por ende no valoré debidamente, detalle que retomaré en las Consideraciones, me refiero al plural utilizado.
11. Terminado este trabajo y en el medio de otras lecturas encuentro la siguiente referencia: “*Si se entiende por eternidad no la duración interminable del tiempo, sino atemporalidad, entonces vive eternamente aquel que vive en el presente*” Wittgenstein L. citado por Watzlawick P. 1995 p. 45.
12. Algo de la atemporalidad se cuele también involuntariamente en el discurso de Freud al referirse al recuerdo del armario o canasta: “*Cuando, a los cuarenta y tres años empecé a dirigir mi interés a los restos de recuerdo de mi propia niñez, me acudió una vivencia que desde hacía tiempo –creo que desde siempre– llegaba a veces a mi conciencia*” (Freud S. 1901 p. 54).
13. Traducción desde el inglés de EG.
14. Ídem.
15. Ídem.
16. Énfasis en el original.
17. Ídem.
18. Discrepo entonces con Anzieu cuando escribe: “*Detalles del recuerdo, como la presencia de la segunda campesina o la acción de arrojar las flores después de habérselas apropiado le parecieron desprovistas de sentido simbólico...*” (Anzieu 1978, 2: 458).
19. “*Cuando son activadas al mismo tiempo dos mociones de deseo cuyas metas no podrían menos que parecemos inconciliables, ellas no se quitan nada ni se cancelan recíprocamente sino que confluyen en la formación de una meta intermedia, de un compromiso*” (Freud S. 1915 p. 183)

